

## Jacques Derrida y la tesis de la imposibilidad de la traducción

Ariela Borgogno

Universidad Nacional del Litoral

... la cuestión de la deconstrucción es, asimismo, de cabo a cabo la cuestión de la traducción y de la lengua de los conceptos, del corpus conceptual de la metafísica llamada “occidental”.

214 215

*Jacques Derrida*

El trabajo de la deconstrucción ha sido el de profundizar la ruptura del lenguaje con la realidad. En palabras de George Steiner, acérrimo crítico de la teoría derridiana, este “contrato roto” niega todo acto fundacional de la palabra, toda “garantía teológica” de la significación. Ignorando el postulado filosófico occidental de la trascendencia, de la “presencia real” de un significado, Derrida piensa la *ausencia* como inicio del juego ilimitado del lenguaje.

Con la deconstrucción del logocentrismo Derrida busca

...desenmascarar la no-neutralidad de la política dominante de la lectura, regida por el entendimiento, la comprensión del sentido original de la expresión o del discurso, el mito del autor o la firma atómica: como que todas esas palabras, todos esos conceptos están afectados, “tocados” de deconstrucción, cada uno de ellos íntimamente, y en lo que los enlaza con el sistema del *logosphoné* dominador de la idealidad de la presencia, a partir de aquel pensamiento<sup>1</sup>.

A través de la erradicación del principio hermenéutico, la deconstrucción posibilita la ilegibilidad del texto desgarrando lo que suele llamarse una lectura normal, “... aquella capaz de asegurar un *saber* transmisible *en su propia lengua...*”<sup>2</sup>. A partir de la teoría derridiana deja de considerarse el mito del “respeto” al sentido, de la intangibilidad del texto y comienza a verse a este último como un objeto accesible, posible de ser “tocado” y creado por el lector añadiendo “otros hilos” al tejido textual. La lectura ya no es pensada como la búsqueda de sentido sino como la construcción del mismo y su posterior deconstrucción, y en este proceso el papel del lector es fundamental. Dice Derrida:

Attribuisco al polo del lettore un ruolo *assolutamente determinante*. Ciò non significa che sottoscrivo tutti gli enunciati della teoria della ricezione. La decisione quanto al senso del testo spetta a te. Vale a dire al destinatario o alla destinataria che, mediante la risposta leggente o lettrice che farà del testo lo *produrrà*<sup>3</sup>.

Pensada, en principio, como teoría de la lectura y re -pensada como teoría de lectura / escritura, pues “...el texto real se concibe como producto de una dualidad que *produce* (...) el proceso se piensa en esta contradicción que funda a la vez la materia, el juego...”<sup>4</sup>, la teoría deconstruccionista plantea la tesis capital de *la lectura como diseminación*.

En el proceso de la textualidad, que consiste en advertir cómo y qué significa un texto, arribar a un significado unívoco está fuera de toda posibilidad pues el sujeto lector, partícipe del juego de la diseminación, re-crea el texto constantemen-

te. La dispersión de significados atrapa al lector en el intervalo, en el espacio formado entre dos lecturas y genera la ambigüedad de la significación. Se produce así, el desplazamiento constante del sentido, ya inalcanzable, y, por lo tanto, el aniquilamiento del significado trascendental.

Los fundamentos filosóficos y epistemológicos de la teoría derridiana son trasladables a la traducción, “imposible pero necesaria” en palabras de Derrida.

En el apartado “La traducción, síntoma de la cultura o el enigma de la Quimera” de su libro *El saber del traductor* (1999: 34), Rodríguez Monroy dice:

La traducción es ese saber que desestabiliza los demás saberes, ya que obliga a contemplar el lenguaje, no desde la solidez de su valor instrumental, sino desde la inestabilidad del sentido que la práctica traductora misma exhibe. (...) quien mejor ha sabido dar voz al trasfondo oculto de tan delicado problema es Jacques Derrida (...) La mirada crítica derrideana presenta el problema como una cuestión de *interpretación*, de *lectura*. Dimensión *ideológica* que es central en una teoría de la traducción que no eluda reconocer el peso de su incidencia en todos los terrenos del saber humano, es decir, en el campo central del lenguaje.

El cuestionamiento de Derrida acerca de lo que puede delimitarse como texto, en otras palabras cómo se produce en el discurso la significación, renueva las dudas que todo traductor tiene en la realización de su tarea: “... ¿en qué línea de demarcación, en qué frontera cultural, en qué mundo de representaciones se sitúan los márgenes del universo referencial de un texto dado?” (35) Estas problemáticas se transfieren al lector en tanto perciben un desbordamiento, la inestabilidad del sentido productora de una resistencia que, Rodríguez Monroy explica, surge del seno del problema de la traducibilidad entendida en su dimensión filosófica e ideológica. En este sentido, supone que el límite que posibilita detectar dicho problema coloca a los lectores entre dos maneras opuestas de pensar el *lenguaje* y la *significación*: “... frente al modelo tradicional que presupone la transferencia unívoca del sentido, modelo que considera que la polisemia es reductible a una formalización, el otro modelo —no sólo derridiano— que parte de la diseminación del sentido”. (35) Y ese límite imaginario es el que ha marcado la historia del pensamiento occidental, moviéndose en el terreno de una presuposición ideológica. Derrida destaca “que esa presuposición es sólo un ideal que las instituciones imponen y se imponen para mantener la ilusión de la comunicación como algo neutral, transparente, inocente” (35), posición, esta última, que se opone a la sospecha filosófica inaugurada por Nietzsche de que el lenguaje es mucho más que un mero instrumento de comunicación, que de hecho, es el vehículo máximo del poder, y por lo tanto siempre debe cuestionarse el lugar de la verdad en el discurso.

Rodríguez Monroy considera que, precisamente, en el orden cultural la institución universitaria, como institución política y educativa, es la que lleva a cabo el borrado del lenguaje, “ilusión de traducibilidad absoluta que busca legitimar así su sistema de verdades”. Y cita a Derrida, quien entiende que la preocupación que tiene “el orden establecido” no es aquello que pueda decirse sino que alguien dé lugar a pensar lo erróneo y el carácter encubridor del lenguaje. En palabras del teórico francés:

Lo que esta institución no puede soportar es que nadie ose tocar o manipular el lenguaje, en relación tanto a la lengua *nacional* como, paradójicamente, a un ideal de traducibilidad que neutraliza esa lengua nacional. Puede soportar mucho mejor cualquier “contenido” ideológico, por revolucionario que pueda parecer, con tal de que ese contenido no se arrime a las fronteras del lenguaje y a todos los contratos jurídico-políticos de que éste es garante. (36)

Por lo expuesto anteriormente, tanto Rodríguez Monroy como Derrida entienden que si se piensa la traducción como el espacio limítrofe entre textos, culturas, etc., debe considerarse, inevitablemente, que ella roza dicha frontera motivadora del límite de la significación. De esta manera, la estudiosa española, desde la teoría lacaniana que toma

como eje de su propuesta, reflexiona acerca del rol del traductor en tanto “sujeto de lenguaje” y de la traducción como el momento traumático del proceso de la comunicación en que la acción encubridora exterioriza sus mecanismos. Así, sintetiza el hecho traductivo como acto subversivo ya que enfrenta a los sujetos a la opacidad del lenguaje y deconstruye la ilusión de transparencia en que se sostiene la cultura.

La dimensión deconstructivista nos presenta una estrategia de lectura en la que podemos pensar la traducción a partir de la irremediabilidad de Babel. Entendiendo que la historia y la teoría de la traducción en Europa se forjaron sobre los textos bíblicos, Derrida esboza una “teología de la traducción”, haciendo referencia a aquellos que, después de Babel, siguieron buscando un lenguaje más allá de las diferencias, una unidad lingüística o un lenguaje único, amparo del sentido y de la legibilidad, *el UNO de la divinidad* que él deconstruye afirmando que el incendio de Babel arrasó con la posibilidad de alcanzar *una* verdad. Dice Derrida:

La ‘torre de Babel’ no representa solamente la multiplicidad irreductible de las lenguas, muestra a todas luces un inacabamiento, la imposibilidad de completar, de totalizar, de saturar, de terminar algo que pertenecería al dominio de la edificación, de la construcción arquitectural, del sistema y de la arquitectónica. *La multiplicidad de idiomas viene a limitar no sólo una traducción ‘verdadera’, una inter-expresión transparente y adecuada, sino también un orden estructural.* (En Rodríguez Monroy, 1999: 138)

216 217

Babel produjo la caída del significado trascendental, único y verdadero, del lenguaje puro dando lugar a la diferencia, a la multiplicidad, a la diseminación como nuevos constructores de (sin)sentido. En este encuentro con lo diverso, la estrategia de lectura deconstructiva, y por ende de traducción, genera un espacio donde el sujeto lector se traslada hacia lo extraño. La deconstrucción se convierte así en un lugar de dispersión, de diseminación y no de apropiación y recogimiento. De esta manera el acto de dar a leer implica para el filósofo la expulsión del texto, el ejercicio de la transmisión, de reescritura y de traducción. Derrida

cuestiona cualquier definición (de traducción) basada en la reproducción o equivalencia, y opta por un proceso que modifica constantemente el original. Un original que, por otro lado, también entra en el movimiento de la *différance* en el mismo juego de traducir. Explica que la traducción no se estructura sobre el modelo del conflicto edípico, sino sobre la *colaboración* entre autor y traductor, que trabajan juntos, tanto en sentido cooperativo como subversivo” (Silber de De Manas, 1999: 81).

Esta concepción deriva de la ferviente discusión planteada por el francés en la que enfatiza tanto el aspecto productivo como el reproductivo de la traducción.

El inicio de dicha discusión se produce cuando desde el postestructuralismo (Derrida, De Man) se intenta *deconstruir* la oposición entre “original” y “traducción”, poniendo en jaque la concepción romántica (Schleiermacher, Von Humboldt) de sometimiento de la segunda al primero, pero sin desconocer que “la traducción (no sólo) brota del original, pero no tanto de su vida como de su “supervivencia” (Benjamin, 1994: 287) sino que lo perpetúa. La predicación del Romanticismo, acerca del apego y fidelidad de la traducción al texto original, es coherente si entendemos la concepción de texto que circulaba por aquellos tiempos: “el discurso o texto escrito por un autor es algo perfecto, cerrado, clausurado... cuyo sentido reside en el creador-autor-padre-Dios, la forma en su genio-personalidad-estilo” (García Juste, 2002).

La imposibilidad de la traducción fiel, absoluta, se percibe ya en la inimitabilidad de la genialidad del creador como así también en lo intraducible que toda lengua/cultura encierra. Hoy, la reafirmamos en nuestra convivencia con una idea de texto opuesta a la precedente, el texto como objeto no clausurado en cuyo proceso de significación se interrelacionan numerosos elementos: el escritor, el lector, la cultura, la lengua, lo ya escrito. Todos ellos hacen que la infidelidad se produzca,

en primera instancia, entre el texto y el propio autor, ya que el primero encierra aquello que producirá la *diseminación* del sentido propuesto por el último; nos referimos a las palabras en el devenir de la lectura.

La textualidad, tal como la concibe el postestructuralismo compromete la singularidad del original; ni éste ni la traducción constituyen una unidad semántica exclusiva, sino que ambos –“derivativos heterogéneos”– contienen complejos elementos culturales y lingüísticos que desestabilizan el significado, que se torna así plural y diferente. Se redefine, en consecuencia, la noción de “equivalencia”, y se presupone desde el principio que esta “pluralidad diferente” evita la simple correspondencia de significados (...) toda traducción, al ser transformadora, cuestionadora, pone en marcha la deconstrucción del texto; nunca es del todo fiel, sino libre (Silver de De Manas, 1999: 77).

A partir de esta caracterización se disuelve la tradicional subordinación de la traducción al texto original, otorgándole el carácter de texto nuevo, transformado creativamente. Bajo estas consideraciones Derrida plantea que

la traducción no puede ni debe ser recepción pasiva. Es siempre una transformación, puesto que no se trata sólo de trasladar un pensamiento de un lugar a otro sino de recontextualizarlo en términos de lenguaje, pero también políticos y sociales. Las traducciones deben ser siempre interpretaciones activas, versiones. La traducción no es nunca simplemente una operación lingüística que va de un idioma a otro. Se trata de multiplicar, alrededor del texto, iniciativas de diversos tipos, políticas e institucionales, que afecten el conjunto del sentido. Una traducción meramente lingüística es del todo insuficiente (1996).

Así la tarea de traducción nunca puede verse satisfecha porque en la “confusión” generada por la babélica multiplicidad lingüística (y cultural) todo texto está sometido a una traducción constante que no podrá lograrse.

Contrariamente a los tiempos en que la traducción se creía posible, *la deconstrucción nos presenta la traducción desde su imposibilidad*, abordando los textos desde los caminos de la “diferencia”, caminos tan desautorizados por quienes intentaron y aún intentan encontrar en la palabra el fundamento de su origen.

<sup>1</sup> Fragmento extraído de la entrevista realizada por Carmen González-Marín a J. Derrida, “Jacques Derrida: leer lo ilegible”, en *Revista de Occidente*, N° 62-63, Julio-Agosto de 1986, p. 7.

<sup>2</sup> *Ibidem*, p. 2.

<sup>3</sup> TELMON, M. (1990), “Colloquio con Jacques Derrida”, en *Paradosso*, p.p. 198-199.

<sup>4</sup> SOLLERS, P. H., citado en “La escritura como aventura seminal de la huella. Différance y diseminación. Textos de pensamientos y culturas”, en *Revista Anthropos. Jacques Derrida. Una teoría de la escritura, la estrategia de la deconstrucción*, N° 93, febrero 1989, Barcelona, Ed. Anthropos, p. 2.

## Bibliografía

- BENJAMIN, W. (1923), "La tarea del traductor", en VEGA, M.A. (1994), *Textos clásicos de teoría de la traducción*, Madrid, Cátedra.
- DERRIDA, J. (1989), "Carta a un amigo japonés". En: Revista *Anthropos*. Jacques Derrida. *Una teoría de la escritura, la estrategia de la deconstrucción*, N° 93, Barcelona, Ed. Anthropos.
- (1994), "La Différance", en *Márgenes de la filosofía*, Madrid, Ed. Cátedra.
- (1997), *Yo-el psicoanálisis*. Trad. de Cristina de Peretti, en *Cómo no hablar y otros textos*. Barcelona. Proyecto A.
- (1998), *De la gramatología*, México, Siglo XXI editores.
- GARCÍA JUSTE, J. (2002), "U-turn" (primera entrega), en *Teoría de la traducción. Caminos de Pakistán*. [www.caminosdepakistan.com](http://www.caminosdepakistan.com)
- GONZÁLEZ-MARÍN, C. (1986), "Jacques Derrida: leer lo ilegible", en *Revista de Occidente*, N° 62-63, Julio-Agosto.
- Revista *Anthropos*. Jacques Derrida. *Una teoría de la escritura, la estrategia de la deconstrucción*, N° 93. Barcelona. Ed. Anthropos, febrero 1989.
- RODRÍGUEZ MONROY, A. (1999), *El saber del traductor*, España, Montesinos.
- SCHLEIERMACHER, F. (1813), "Sobre los diferentes métodos de traducir", en VEGA, M.A. (1994), *Textos clásicos de teoría de la traducción*, Madrid, Cátedra.
- SILBER DE DE MANAS, L. (1999), "Traducción y poder", en *El Lenguaje*, Año 2, N° 2.
- STEINER, G. (1980), *Después de Babel. Aspectos del Lenguaje y la Traducción*, México, FCE.
- TELMON, M. (1990), "Colloquio con Jacques Derrida", en *Paradosso* (Sin datos editoriales).